

ICARIA

REVISTA DE CRITICA Y CULTURA

Nº 8 — TOMO I
JULIO 1984 — AÑO 3



Director
Emilio J. Corbière

InCI
Julio Godio

**CARLOS MARX: CIEN AÑOS DE
DESPLIEGUE DE SI MISMO**

Todas las épocas históricas, vistas en su conjunto, se legitiman por una ideología totalizadora. A través de esa ideología, "nueva concepción del mundo", se expresa la clase social cuya práctica político-cultural determina la tendencia principal de desarrollo. Cuando Lenin escribió que el marxismo era todopoderoso porque era "exacto", se refirió, sin embargo, a una cuestión cuya dimensión social no puede reducirse a una categoría lógica.

Es cierto que el marxismo es una teoría formidable porque es exacta. Lenin creaba una metáfora con las herramientas conceptuales de las ciencias exactas para indicar la presencia de una teoría explicativa de la necesidad de nacimiento del socialismo como consecuencia de las contradicciones internas del sistema capitalista.

Pero, en verdad, el término "exacto" es metafórico. Por lo siguiente: el marxismo es una teoría científica, en el sentido, que la lógica del capital descubierta por Marx, ha permitido captar la lógica de la descomposición del sistema capitalista en su conjunto. De allí que es co-

recto afirmar que en esta época histórica concurren tres grandes movimientos socio-políticos: el "socialismo real", cuyas contradicciones internas generarán mutaciones, el movimiento socialista pluralista en los países desarrollados y la emergencia de movimientos nacional-populares que conforman el amplio espectro del Tercer Mundo.

El marxismo no se coloca en el centro del pensamiento social de esta época por su "exactitud". En esta materia hay demasiadas confrontaciones teóricas en el interior de la teoría, y las habrá en el futuro, que obligan a desechar el uso del concepto. En realidad, el marxismo ha logrado implantarse como "última ratio" explicativa de la evolución social y motivado a millones de personas a luchar por el socialismo, porque al descubrir la lógica de los modos de producción en general, y del capitalismo en particular, ha permitido a los partidos o movimientos socialistas accionar no sólo como intelectual colectivo de una clase, sino como "puente" entre la clase obrera y otras clases y capas sociales subordinadas que no pueden liberarse por la lógica del modo de producción al que pertenecen. Descubrir la "lógica del capital" permitió a Marx superar al utopismo socialista. Descubrir la lógica de los modos de producción en general permitió a Marx sentar las bases para integrar en un sólo movimiento histórico la práctica precisa del movimiento obrero con las utopías milenaristas de otras capas explotadas, en primer lugar los campesinos. Por esto el marxismo es la ideología por excelencia de esta época: por su carácter totalizante.

Es decir, el marxismo es "exacto" sólo en el sentido que no se equivoca históricamente al proponer un tipo de sociedad que es la superación de toda forma de explotación. Al mismo tiempo el marxismo desarrollado por Lenin es una teoría de la liberación de las naciones oprimidas, con lo cual se cierra el círculo que aprisiona al "capital" como entidad mundial.

RACIONALIDAD Y FUERZA HISTÓRICA

Se cumplen cien años de la muerte del sabio judío-alemán. Cuando estuve por primera vez en Londres, como hombre de esta época, es decir, con los fetiches al hombro, visité la tumba de Marx.

Recuerdo que me resistía a aceptar que en una tumba tan sencilla estuviese enterrado el hombre sobre el cual más se ha escrito, con amor o con odio, en este siglo; el hombre por cuyo mensaje social han muerto cientos de miles de personas, ya sea en favor o en contra. Observándola, emergió en mí una imagen: asocié a ese hombre con Jesús, con Mahoma y con Lutero.

La asociación nada tuvo que ver con el debate filosófico entre marxismo y religión. No se trataba de una imagen acerca de la actual convergencia histórica entre marxistas y creyentes revolucionarios. Se tra-

taba de otro tipo de imagen: la identificación de aquel hombre con antiguos profetas, la homologación, por sus efectos políticos, de los mensajes proféticos con el proyecto esbozado en el Manifiesto Comunista.

Así, el marxismo me pareció una religión. Pensé que si bien la racionalidad del marxismo se localizaba en *El Capital*, la fuerza histórica que estaba presente en las "Tesis sobre Feuerbach", escritas cuando su crítica a la Economía Política era todavía embrionaria, pero vitalmente atractivas por plantear al socialismo como la realización plena de la "Humanidad".

Justamente por constituir la más acabada respuesta a las expectativas de los oprimidos, el marxismo desata los odios más brutales entre los hombres que se resisten a aceptar el fin de una época. El capitalismo, como "concepción del mundo", tiene ya muy poco que decir. Las empresas transnacionales supervivirán mucho tiempo y tendremos que convivir con ellas, porque son la consecuencia de una brecha profunda en los modos de conocer y producir entre los hombres. Pero, el sistema de propiedad que les dio origen no tiene ningún futuro. Porque no puede reproducirse sin explotación, autoritarismo y dominación neocolonial.

En el tiempo que yo visité la tumba de Marx, en 1976, la represión genocida ejercida por la cúpula de las Fuerzas Armadas argentinas se encontraba en su apogeo. Todos los días morían jóvenes. La imagen se trastornó entonces y se expresó en una corta frase: "Lo hacen tardíamente. Porque sus homólogos de ayer le dieron tiempo a este hombre para nacer, pensar y escribir". El atolladero en que están metidas las Fuerzas Armadas argentinas por la cuestión de los desaparecidos no se explica, es cierto, sólo por la vitalidad del marxismo. Tiene que ver con la conciencia democrática y humanista de un pueblo. Pero ese viejo que estaba allí enterrado enseñó a comprender por cuáles motivos de clase se practicó el genocidio: simplemente por el vacío y cruel objetivo de perpetuar el dominio de los "señores de la tierra y el gran capital".

PERIFERIA DE LA CRISIS

Lo nuevo no se despliega en su complejidad sino a través del tiempo. Más aún, cuando se implanta en la periferia del sistema en crisis.

Si la revolución socialista hubiera triunfado en Alemania entre 1918-1923 la historia contemporánea hubiera seguido un curso más "lineal". Pero no fue así. Hubo fascismo y guerra mundial. La descomposición del sistema colonial y semicolonial costó mucha sangre y costará aún más para impedir la dominación neocolonial. Como el socialismo se implantó en la periferia hay una brecha histórica entre socialismo real y civilización socialista desarrollada. Esta será cerrada en el curso del próximo siglo.

Es superficial creer que los países del "socialismo real" son el único

de los mundos posibles. En realidad son aproximaciones sucesivas, con-
treñidas por la herencia histórica, el contexto internacional y los inte-
reses nacionales.

Expresan, por eso mismo, el nacimiento de una nueva época histó-
rica. Pero no constituyen el espejo del socialismo que requiere nuestro
país. Lamentablemente esto último sigue siendo incomprensible para
ciertos "marxismos" en Argentina, adheridos por fetiches a conceptos
como "leninismo", "trozkismo" o "maoísmo", lo que los aísla y pre-
senta como "extraños" al sentir del pueblo trabajador.

También están los que se resisten a aceptar que la historia avanza
sin grandes "sutilezas". Piensan que el socialismo sólo es posible en los
países desarrollados, especialmente en Europa Occidental. Es cierto que
en esos países el socialismo sólo puede "triunfar" como superación de
civilizaciones burguesas avanzadas. Por eso debe ser pluralista. Por eso
su programa no puede reducirse a la lucha sindical y política parlamen-
taria y debe introducir las temáticas de la autogestión social, el paci-
fismo como estilo de vivir, la confrontación ecológica y el feminismo.
Pero, por eso mismo, ese socialismo es, todavía sólo un genial esbozo
de cómo las *Tesis de Feuerbach*, actualizadas, podrán convertirse en un
futuro en un cuarto y quizás último tomo de *El Capital*. Lo que vendrá
después no lo sabemos.

EL MARXISMO EN LA ARGENTINA

Es sabido que en la Argentina llegó el marxismo allá por los años
sesenta del siglo pasado. Eran marxistas europeos que militaban en las
secciones argentinas de la Primera Internacional. Se pasaban noches
enteras discutiendo con los anarquistas. Lo hacían en un contexto social
poco favorable si recordamos que Buenos Aires era entonces un poco
más que una aldea, rodeada de una sociedad que —recordando a Sar-
miento— era predominantemente rural, agreste y dispersa.

A partir de esa fecha el marxismo fue reiteradamente reprimido,
junto a otras corrientes políticas avanzadas. Pero, es como la "hierba
mala": se corta y vuelve a crecer, a veces en su versión clásica, a veces
como componente de movimientos policlasistas e instituciones ideológi-
cas laicas o confesionales.

Pero el marxismo no es todavía "nacional" en Argentina. Para evi-
tar malos entendidos lo digo en el sentido que no ha logrado constituirse
en concepción del mundo de la mayoría de los trabajadores. No ha po-
dido crear un gran movimiento socialista, pluralista y tercermundista.

El marxismo es universal pero sólo se realiza como "ideología
nacional". Para ello requiere ser ámbito de coexistencia y debate con
otras ideologías que también se reconocen a sí mismas como porta-
doras de una sociedad igualitaria y democrática: el nacionalismo po-

pular peronista, el liberalismo popular radical, el cristianismo avan-
zado y los sistemas culturales regionales. Son corrientes que coexis-
ten en movimientos políticos o sociales más amplios.

El marxismo en la Argentina sólo podrá implantarse si es capaz de
combinar dos tareas planteadas objetivamente por la actual realidad
del país: *la necesidad de un nuevo modelo socio-económico que garan-
tice el crecimiento económico y una mejor distribución del ingreso (lo
cual obligará a atacar al núcleo dominante que "tan bien" expresó José
Alfredo Martínez de Hoz) con la expectativa popular de terminar con las
dictaduras militares y realizar una experiencia democrática.*

El viejo Marx no está apurado en cuanto a los destinos del pueblo
argentino. Siendo quizás el último de los grandes sabios en el sentido
clásico está sentado en una silla y mira con serenidad cómo su "razón
universal" se despliega y se realiza a sí misma hasta en los más recién
descubiertos lugares del mundo. Sabe que encontraremos nosotros también
nuestro camino para un "socialismo a la Argentina".

LOS SOCIALISTAS Y EL MOVIMIENTO OBRERO

Introducción y notas de Emilio J. Corbière

- I. — La lucha de clases, por Jacinto Oddone
- II. — Orígenes del movimiento sindical argentino, por Alfredo López
- III. — La lucha obrera y la fundación de la C.G.T., por Martín S. Casaretto
- IV. — Técnica, educación y organización gremial, por José F. Penelón
- V. — La unidad obrera, por Alfredo P. Bravo

La historia de las luchas sociales argentinas, desde fines del
siglo pasado hasta el presente, a través de dirigentes sindicales
socialistas

Ediciones FUNDACION JUAN B. JUSTO

Adquiéralo en avenida Corrientes 1485, piso 1º, Capital Federal
o en las principales librerías.

MARX, BOLIVAR Y LA INTEGRACION LATINOAMERICANA

Tuve el honor de ser invitado oficialmente a la celebración en Caracas del bicentenario del nacimiento de Bolívar y a intervenir con una ponencia en el "Congreso sobre el pensamiento político latinoamericano".

No pude concurrir a pesar de mis deseos de exponer, además del tema asignado, mi admiración por el Libertador. Bolívar es sinónimo de unidad latinoamericana, Patria Grande. Se trataba, en el primer tercio del siglo pasado, del porvenir de América Latina ante Europa y frente a la amenaza expansionista de Estados Unidos.

La idea es clara, la utopía es una incitación a la intrepidez. Pero todavía hoy es una herejía en relación a la cronología sagrada impuesta por el historicismo eurocéntrico. La concepción lineal o circular de una historia única, eurocéntrica, no admite otros puntos de partida. Esto no estaba tampoco en discusión en aquel entonces, pero ese es el nudo del problema, el fundamento de una polémica. La historia es una línea única que impone su cronología en todas partes, o los puntos de partida son múltiples y las cronologías son también distintas aunque en la interrelación pueden igualarse. Este es para mí un problema teórico que va más allá de la historia social; por el momento sólo nos ocuparemos de lo histórico-social y, en éste, de la relación América Latina-Europa.

Para una imagen más realista del problema partiré de un hecho muy preciso: de cómo un latinoamericanismo muy posterior al de Bolívar, pero bolivariano en su aspiración, era hostilizado, socavado desde una rigidez eurocéntrica, no ya reaccionaria sino presuntamente revolucionaria. Esa experiencia nos sirvió para entrar en la comprensión del problema antes mencionado.

Los niños de mi época fuimos formados mentalmente en el eurocentrismo. Es esa historia lineal que todavía se repite. Oriente, Grecia, Roma, Alemania, Francia. Un día España nos "descubre" y eso equivale a decir que "crea" a América. La línea única no tolera que lo llamado "americano" pueda haber sido anterior e incluso superior a Oriente. Menos aún se admitirían orígenes múltiples, independientes. Aclaremos que lo múltiple no implica negar el grado de desarrollo alcanzado en una región, en este caso Europa, y que él sirva, sin prioridades cronológicas ni supremacías en detrimento de otros desarrollos originales, al conjunto de las naciones. Un todo puede ser un conjunto creado de realidades y no tiene por qué ser necesariamente una unidad primigenia.

En el todo que nos transmitían desde la escuela, América Latina

era el "después", lo secundario, cuando más, el "hijo" que puede emanciparse en parte.

Pero en mi juventud había una generación que, sin cuestionar a Europa y reafirmando su universalismo, era más latinoamericanista que lo permitido por el eurocentrismo. Me refiero a la gran generación universitaria que venía del movimiento de 1918.

Eramos profundamente latinoamericanistas y muchas veces, sabiéndolo o no, eso sería un punto de partida. Eramos antiyanquis, solidarios activamente con todos los pueblos agredidos por el imperialismo y en lucha por su libertad y contra sus oligarquías. La Reforma surge, desde Córdoba, en la propia realidad latinoamericana y eso explica su rápida y sólida extensión; si tiene algún antecedente externo se remonta al gobierno propio de la "comunidad" española de profesores y estudiantes en la cual un alumno podía ser designado Rector. No tiene antecedentes en la "otra" Europa.

El movimiento reformista fue una creación original en lo pedagógico-social o social-pedagógica. Así ascendió y llegó a ser durante décadas uno de los *más grandes acontecimientos latinoamericanos*, centro y estímulo a su vez de valiosas actividades intelectuales. Ello dio motivo a diversas interpretaciones que tendían a favorecer el proceso. Pero luego estalló abruptamente, desde la elucubración abstracta y arbitraria, la interpretación tajante de la petulancia y la pobreza teórica. Fue la antirreforma metida en la Reforma. Fue la destrucción de la Reforma desde una izquierda dogmática. La condena era por herejía teórica. Según ese "marxismo" ningún cambio debía hacerse en las viejas Universidades de resabio feudal, pues sólo el "socialismo" lo arreglaría todo. Los estudiantes sólo servirían de algo como aliados de un "proletariado" ideal. Pero lo que se quitaba a la reforma tampoco se le daba a los obreros. Era una actitud negativa, antirreformista y antisocialista. En la Argentina el engendro se llamó *Insurrexit**, Fue disuelto un día, pero su concepción perduró. Tenía fundamentos "doctrinarios".

El movimiento reformista, original de América Latina, creador y de validez universal en algunos de sus principios, era excomulgado en nombre de un clasismo estático e irreal.

Yo, actor en ese movimiento reformista, tuve que enfrentar a ese dogmatismo aniquilador al tiempo que avanzaba en la comprensión del marxismo. Fueron años muy difíciles pero la decisión fue también firme; con la teoría desde lo real y contra el sectarismo. Pero el choque fue tremendo: debí defender un *hecho* frente a un esquema apriorístico. Luego comprendí mejor: era una realidad latinoamericana que ofendía a un esquema simple impuesto en todo el mundo y para siempre; no estaba en los textos clásicos.

* Nota de "Icaria": El autor se refiere al grupo estudiantil *Insurrexit* de los años treinta y no al homónimo que fundaron y dirigieron Luis Hipólito Etcheberré y Micaela Feldman a fines de los años veinte.

Hemos recordado este enfrentamiento porque en mi propia experiencia es revelador de la negación latinoamericana por el eurocentrismo teóricamente despótico.

Desde un eurocentrismo hecho ideología y costumbre, a cada cosa nuestra nos tiraban con algo europeo. Para un elitismo intelectual, era elegante recurrir a lo francés. Como antaño y como en otras partes no "civilizadas" del mundo, había un desdén afrancesado y los que se sentían "superiores" al medio se afrancesaban.

La Reforma integró en un momento lo que aún seguía siendo un antiimperialismo romántico. Después el antiimperialismo se definió mejor en su base económico-social. Hubo una pléyade vastísima que cubrió América Latina con grandes nombres. La Liga Antiimperialista impulsó grandes acciones en el Continente.

Pero aquí también se revelaría la concepción eurocentrista: para ésta, el antiimperialismo latinoamericano sólo sería parte o etapa de un clasismo desde un "proletariado" europeo, el único que en definitiva dirigiría todo el proceso social revolucionario. En América Latina no habría puntos de partida propios ni objetivos propios. Lo impediría la ganafaña del sectarismo.

A través de dos hechos —Reforma y antiimperialismo— vimos cómo hay un latinoamericanismo que molesta al eurocentrismo. Sería uno de los escollos a la idea bolivariana. Y aquí debemos referirnos ya a un trabajo de Marx sobre Bolívar.

MARX Y BOLIVAR

El trabajo-artículo se tituló "Bolívar y Ponte" y en él Marx trata despectivamente al "Libertador". Es un mal trabajo de un genio, pero Aníbal Ponce lo trajo ufano desde Moscú y lo publicó en el primer número de "Dialéctica" (marzo de 1936). La actualización de ese artículo, en gran medida sacado de circulación, se daba a destiempo porque un cambio táctico importante se había operado en la Internacional Comunista (VII Congreso, 1935) y se estaba haciendo alguna limpieza antiseccaria. Pero todo tenía a recordar que el eurocentrismo teórico seguía vigente.

En otro sentido, consideramos que ese trabajo debe publicarse y meditarse para esclarecer por qué fue escrito. El tema da para mucho, pero algo, y en relación a lo que estamos tratando, es para nosotros lo central. En Marx hay que distinguir lo científico de vigencia general (plusvalía, teoría del valor) y lo socialmente histórico, más limitado, de la realidad europea a mediados del siglo XIX. Si la lógica de *El Capital* se impone a la historia social ya no se partirá de realidades nacionales en cada parte del mundo sino de la realidad centroeuropea identificada con una teoría económica. Lo histórico en el espacio y el tiempo (rela-

tivo) pasa a ser lógica lineal. Lo histórico es dogmatizado y hay un solo punto de partida (la Europa capitalista de esa época). La identificación de lo distinto dogmatiza lo histórico. La realidad capitalista de la Europa de mediados del siglo se impone como punto de partida en todos los países. La Francia clásica es el modelo completo. El proletariado europeo está en el centro de la revolución proletaria mundial. Lo anti-feudal radical debe servir para que el capitalismo sea, a su vez, la antecámara de la revolución proletaria inmediata. Marx puede así exaltar a Lincoln en Estados Unidos pero menospreciar la revolución de Bolívar. En verdad, desde un clasismo mundial puro debían quedar fuera las revoluciones de emancipación nacional, negándose luego que sean revoluciones porque en ellas lo central no es el cambio de estructura económica.

Aquí queda ubicado el trabajo de Marx sobre Bolívar. Es una consecuencia del criterio severo de no admitir que desarrollos inferiores, originales, puedan ser distintos puntos de partida en otras partes del mundo. Sin embargo, debemos anotar un hecho importante. El trabajo sobre Bolívar fue escrito en enero de 1858. Erán los años (1857-58) en que Marx escribió su borrador ("Grundrisse") sobre el modo de producción asiática y las formaciones precapitalistas. El trabajo fue descubierto muy tardíamente y publicado por primera vez en 1939. Evidencia un conocimiento, tanto de Marx como de Engels en investigaciones similares, y una actitud menos esquemática que la conocida a través de una obra verdadera pero también ordenada según un criterio obsescentemente ortodoxo. Con el "Grundrisse" hasta podría pensarse en una corrección posterior del "Bolívar" de parte del mismo Marx. Pero así, al parecer, quedó y en él debemos basarnos.

De ese tiempo tan fecundo y diversificado son también los artículos de Marx sobre los cambios en la situación española ("La España revolucionaria", en 1854 y "La revolución española", en 1856. Luego, en 1858, Marx escribe otros artículos con Engels siempre sobre España y más tarde Engels lo hace solo). Podríamos meditar con esos trabajos acerca de la preocupación central de Marx sobre la revolución capitalista y de la sagacidad de las observaciones que permiten comprender muchos rasgos de la originalidad española y aun, por extensión, hispanoamericana, pero ello es ajeno al objetivo de estas líneas. Queda sí como invitación a revisar la obra, completa de Marx en función de su genio revolucionario y para salvar de la dogmatización más que lo permitido por sus exégetas. De todos modos hay una limitación en el nacimiento del marxismo y es su identificación con un modelo clásico. Marx y Engels eran de gustos clásicos. Pero los verdaderos dogmatizadores fueron los que encerraron el marxismo en moldes clásicos definitivos, puntos de partida en cualquier espacio y tiempo.

El marxismo fue encasillado más de la cuenta en un Hegel que Marx quería rechazar. Le encorsetaron un sistema cerrado. La Idea absoluta "dada vuelta" fue Materia absoluta con un "reflejo" general y abstracto.

A pesar de la predicción de Marx, un Estado absoluto remedaría al Estado prusiano que era el fin del círculo hegeliano. En ese Estado se concentraría la verdad absoluta y toda la inteligencia y dialécticamente ya no habría más contradicción. Desde ese centro no podrían admitirse otros orígenes ni caminos ni formas nuevas. Esto espantaría a Marx si lo viera pero algo viene de él mismo. Lo otro lo hizo la ortodoxia de una lógica lineal o circular. Los repetidores de textos y los nuevos *magister dixit* mataron poco a poco todo lo que podía surgir de una actitud creadora en el marxismo.

A favor del Hegel que el marxismo sistematizado encajó en el método marxista se desconoció la influencia que, en mi opinión, tuvo Goethe sobre el pensamiento de Marx. Eso está expresado ya en las cartas que Marx dirige a su padre desde París. La "praxis" de Marx es goethiana, no hegeliana. Y si se parte de la actividad histórica concreta, que es siempre lo "actual", la Idea o la Materia en general quedan, a lo más, en un segundo orden. Si "la teoría es una guía para la acción" no se debe partir de abstracciones teorísticas que ya no reconducen a la realidad. Hasta pudo pensarse en cierto "existencialismo" en el joven Marx.

Con Hegel, además, se acentúa el eurocentrismo. Hegel, pese a su universalismo enciclopédico, desconoce la trascendencia histórica de la emancipación latinoamericana. Su "espíritu" no la incluye. Goethe, en cambio, está más abierto a la comprensión y sentimiento de las realidades nuestras. Y a lo irregular frente al círculo.

Hay algo, pues, imputable a Marx pero hay mucho más imputable a quienes dogmatizan un descubrimiento histórico y una época histórica. El *Bolívar* revela el pensamiento europeo de una época, dominante, aun en Marx, sobre la universalidad. El clasismo puro desconoce lo nacional, múltiple y distinto, y esto perduró aún en el reformismo. Más tarde se incorporó lo nacional en el marxismo pero subsistió el concepto de la línea revolucionaria única o central a la cual debían someterse las "partes". Stalin comprende lo nacional más que Trotsky, pero para aquél sólo es forma: "socialista en el contenido, nacional en la forma". Lo clasista y lo nacional, en un todo, nos dice, sin embargo, que lo "nacional" no es sólo forma de un contenido que le es impuesto. Esa distinción stalinista es antidialéctica. Por eso, a pesar de los cambios creadores, hay un "marxismo" detenido en los textos del siglo XIX. Es el dogma rígido, pero como hay realidades que no pueden negarse del todo, ellas quedan "fuera" de la teoría y son abandonadas al azar del oportunismo y la improvisación.

Todo esto lo decimos desde una actitud de izquierda que quiere ser crítica y creadora revolucionariamente, con repudio a todo antimarxismo reaccionario. Lo hacemos en el intento de definir realidades y teorías para que lo histórico y el cambio primen sobre toda limitación dogmática.

Solamente así, desde las realidades latinoamericanas, puede derrotarse al esquema eurocentrista y abrir paso al futuro de esas realidades. Es decir, al pensamiento central de Bolívar. No se trata, claro está, de

un "marxismo" bolivariano. Nos referimos al Bolívar de las realidades nacionales, no a las revoluciones socialistas. Pero metodológicamente hay algo común en esto: partir de realidades definidas, en su tiempo y lugar, y no de líneas únicas y de generalizaciones abstractas, formales, cerradas.

En un marxismo científica e históricamente creador no hubiera sido necesario encontrar el "Grundrisse" para admitir desarrollos no lineales. Lo precapitalista es también realidad en América Latina, y si a esto se agrega el desarrollo no-capitalista en cuanto supresión o superación de "etapas" al socialismo, se tendrá un panorama más rico en diversidad, posibilidades y contenido-formas. Hay muchos caminos al socialismo y esto rige ya en América Latina. Regia antes de que se lo reconociese. Piénsese ahora en lo que tuvimos que enfrentar en aquellos años en que destacábamos originalidades educativas (y culturales) y expresiones diversas de un antiimperialismo todavía no mutilado por un infantil "proletarismo" inquisitorial. Lo que ese sectarismo impidió y destruyó es mucho y hubo pérdidas irreparables. En cuanto no fue superado, todo el dogma entró en crisis. Es la crisis del marxismo de una época y un lugar. En ella se autodestruye una izquierda tradicional; sin "idea" a realizar sólo quedan aparatos. El esquema estalla.

Muchas "disidencias" eurocomunistas y posiblemente americanistas, o socialistas, no superan una estrechez teórica en agotamiento. Se manean las mismas cosas con la misma limitación y de ahí no sale nada. Es la misma comida que sube y baja en el rumiado de un vacuno.

En lugar de esas "disidencias" o "antis" debe hablarse de puntos de partida, de otros "por", en nuevos espacios, en nuevos tiempos.

Al tratar el caso Bolívar hay que terminar con esa costumbre de empezar hablando de las influencias europeas que se ejercieron directamente sobre él o a través de su preceptor Simón Rodríguez. Con esas influencias o sin ellas lo central en Bolívar fue la comprensión temprana y visionaria de las propias realidades en su momento. Esto es asimismo aplicable a nuestro Mayo de 1810. Si, hubo influencias revolucionarias de Francia y lo anti-hispano trató de aprovechar la rivalidad inglesa, pero el punto de partida fue la realidad aquí y en la época y la necesidad de una emancipación concreta, no en "general". Sólo ese punto de partida es fecundo en el ascenso transformador; de lo contrario, y eso pasó, las influencias pueden convertirse en eje de desviación y fracaso. Si una interpretación europeísta, lineal y limitada, empieza por encajar todo el descubrimiento y la conquista de América en el "trasplante" feudal español (o europeo), lo propio queda suprimido de golpe, se "legaliza" teóricamente la interrupción del desarrollo independiente y de aquella línea feudal "pura" se deducirán revoluciones burguesas también puras, tan irreales como la abstracción de la cual provienen. Son revoluciones en el papel. En nuestro 1810 la clase ganadera era más poderosa y progresista que lo supuesto por esas ideologías de la pureza lineal. Terratenientes, burgueses y monárquicos hacen la unidad italiana del siglo XIX

y ésta no es sólo "burguesa". Hay que saber utilizar bien los términos, en nuestro caso el de oligarquía. El marxismo trasplantado no supo lo que era la oligarquía argentina y sólo repetía esquemas de obreros y agricultores puros. No supo lo que era el "gaucho" en nuestra original realidad agraria. Confundió penetración imperialista con "progreso". Lo no burgués puro fue "bárbaro" y "feudal". Los caudillos fueron ignorados en sus verdaderas realidades. Luego se ignoró por completo lo propio original de nuestro movimiento de masas. Esto sucedió también en América Latina, pero el trasplante mecánico fue más lapidario en la Argentina y continúa siéndolo. Nada sacará a Rodolfo Ghioldi de su mitrismo. Por razones ideológicas ("influencias") la tergiversación histórica en la Argentina fue a la medida de un servilismo teórico netamente colonial. Es explicable entonces que a tamaño deformación surgiera un revisionismo histórico (necesario y de base real) presionado también al extremo opuesto, originándose así falsas antinomias que deformaron a su vez las verdaderas contradicciones. Faltó una valoración real del yriyogonismo y si unos lo exaltaron en idolatría, también estática, otros no sólo lo denigraron sino que hasta demostraron "teóricamente" que de él surgiría el fascismo criollo. Todo el peronismo sería fascista para unos; pero otros tampoco supieron, desde la izquierda, contribuir a que lo popular del propio peronismo se superara y evitara sus caídas.

Esta estrechez en el pensamiento de una izquierda tradicional no ha sido superada: su crisis ideológica, mental, se lo impide. Por eso rebrota ante todo surgimiento popular. Y sirve, con su ceguera o tontería, para plantear falsas alternativas que entran en el juego astuto de la oligarquía y el imperialismo. Ya se están ofreciendo los aventureros para que el cambio de gobierno, que creen recibir, no sea un cambio de poder.

Por mi parte, creo necesario recordar aquí lo dicho otras veces. Fue ante la verdadera realidad argentina, desde 1935, como vi que se esfumaba la falacia de una interpretación histórica, la misma que antes debí enfrentar desde el movimiento reformista y el antiimperialismo amplio. Desde 1938 recorrí países de América Latina y llegué a Estados Unidos, desde allí comprendí mejor lo que éramos. Nuestro interior —el no Buenos Aires— era también América Latina. Por eso en 1940 pude apreciar lo nuevo en el fenómeno de masas argentino. Era lo que surgía rompiendo otra vez los moldes clásicos. Más tarde, aunque con una tez menos bronceada que en otras partes de América Latina, asomarían los "cabecitas negras". Ante el temor de unos y el estupor de otros, entraban por la puerta grande de la historia: la de su fuerza.

¡Lo que se hubiera podido hacer desde las ideas "progresistas" y desde una "izquierda" si se hubieran visto nuestras realidades originales! En otras partes del mundo se habló de abrirles un camino especial a viejas comunidades campesinas; en América Latina tuvimos realidades autóctonas, indígenas, que pudieron ser puntos de partida no para inventar un "marxismo" primitivo sino para que el método marxista fuera, a su vez, instrumento de análisis y acción ágil y renovable, no acero

oxidado. Pero, aquí también lo indígena fue excluido de nuestra realidad histórica y en eso no sólo son responsables los "liberales"; también lo son muchos "nacionalistas" detenidos en la hispanofilia y la Iglesia.

UNIDAD, CONFLICTOS REALES. LA INTEGRACION, HOY

Unidad latinoamericana. Sí. Pero no caigamos en la misma actitud de las abstracciones europeístas que hemos criticado. No hay un latinoamericanismo por simples razones geográficas. No oponemos un continente a otro. No hay una revolución continental americana como no hay una revolución europea, asiática o africana.

Tampoco hay una realidad hispánica o ibérica por simples razones de origen, raza, religión. No es verdad, como acaba de decirse en Buenos Aires, que nuestros males latinoamericanos empiezan al separarnos de España y nuestros pueblos al separarse entre sí. La separación de España fue justa y debió ser punto de ascenso y no de ruina. La separación de nuestros pueblos obedeció a limitaciones e intrigas inglesas, pero también lo que se desarrolla puede empezar por ser división. No es eso lo grave. Si lo es que a la distinción obligada no siga la integración también necesaria. División e integración deben ser encarados dinámicamente, en función de un proceso creador y no como simples expresiones de una lógica formal.

La idea central de Bolívar es constituir la Nación latinoamericana. Esa unidad supone una integración de los componentes de cada país. Lo que Bolívar hacía extensivo al indio y al negro, nosotros tenemos que hacerlo con el gringo, la inmigración. La integración es una recomposición hacia el futuro, no una suma o conglomerado estáticos. En Bolívar domina el "sueño", la imagen del futuro. Aspira a la construcción de lo nuevo. Se ubica en un mundo moderno y no en el pasado. Su "todo" es síntesis superior. Allí integra la libertad de cada uno en la libertad de todos, de un pueblo en la de los pueblos; la libertad en la soberanía popular. Su nacionalismo es revolucionario.

Un todo es siempre producto de igualar y distinguir, no sólo de igualar. Nuestro latinoamericanismo no es, pues, una igualación abstracta y muerta. Es para distinguir e integrar.

En el proceso de emancipación latinoamericana se suceden conflictos reales, que no pueden desconocerse en aras de una hermandad ideal y formal. Deben encararse y resolverse como tales. Tampoco aquí cabe lo del avestruz o la actitud declamatoria. Hay diferencias argentinas con Chile que tienen base real y deberán resolverse pacíficamente entre ambos pueblos y fuera y contra todo interés extraño y toda imposición imperialista y romana.

En mi libro de 1940 ("Imperialismo inglés y liberación nacional") di formas concretas de integración argentino-chilena, con salida de produc-

tos en ambos océanos, y de integración regional en una amplia zona que abarca parte del norte argentino y de Bolivia, Chile, Perú. Pero todo esto, según nuestros comunes intereses, y no el interés de un tercero. Y esto sólo es posible en el ejercicio de las respectivas soberanías populares. Por eso el próximo parlamento argentino deberá discutir pública y profundamente todo el problema del Beagle en el más amplio panorama de todo el Cono Sur, el Atlántico Sur, la Antártida hasta el polo. En materia de conflictos reales, la Argentina debe contribuir con otros países, Chile incluido, a satisfacer la necesidad de la salida al mar de Bolivia.

En un nuevo concepto de "todos" o conjuntos ya no se puede oscilar entre la unidad abstracta y el nacionalismo geográficamente soldado. Las realidades regionales abren nuevas perspectivas en América Latina y en todo el mundo. Hay nuevas formas de integración. El Pacto Andino es una, la Cuenca del Plata, es otra. Las obras que se están emprendiendo en Corpus, Itaipú, Yacyretá —y otras— son esfuerzos de integración regional independientemente de lo que en ellas podamos aprobar, objetar o corregir.

Las realidades regionales en nuestro propio país nos obligan a replantear la cuestión de nuestra división interna, estancada en el falso dilema de unitarismo-federalismo sobre el esquema de demarcaciones estáticas. Un país en que una mitad, o más, es Buenos Aires y la otra mitad el resto, no puede ser ni unitario ni federal. Debe redistribuirse, reorganizarse. A un nuevo poder central deberán corresponder nuevos ámbitos y capacidades de decisión armónica en lo multirregional.

Esto exige que se superen limitaciones rígidas no sólo en el liberalismo sino también en los nacionalismos, populismos e izquierdas. No es cuestión de criticar hacia afuera y eludir la autocrítica, la propia superación. Integrar es superar abstracciones y particularismos cerrados. Es salir de las falsas antinomias y de ese salto permanente de la exclusión estrecha a la conciliación epidérmica. Ahora mismo, mientras la reacción interna y externa trabaja por nuestra disgregación, se habla de tender el manto piadoso de la reconciliación que todo lo olvida, o sea, que todo lo oculta para que vuelva más tarde a resurgir.

La integración argentina implica el reconocimiento de lo que en cada lugar y momento se hizo por el progreso del país independientemente de las interpretaciones ideológicas. Con el mismo criterio debe rechazarse todo lo que, cualquiera fuera su forma ideológica, significó atraso o dependencia.

En la integración latinoamericana también hay que dejar eso de tírarnos cadáveres unos a otros, como decía Manuel Ugarte. Ya no cabe la especulación Bolívar-San Martín por una cuestión de simple preferencia, sea de un lado, sea del otro. Se trata de personalidades distintas que operan desde y sobre realidades distintas que no dependen, además, completamente, de ellas mismas. Pero hay objetivos comunes y eso es lo que importa sin que esto implique conciliar ni ocultar. Se trata de valorar lo común en el sentido de una integración limpia y franca.

Bolívar y San Martín coinciden en su concepto de libertad y soberanía popular. Para ambos la libertad de sus respectivos países debía concebirse en la libertad de todos los países latinoamericanos. Por eso salen, como Napoleón, de sus fronteras, pero no para dominar sino para encontrarse en una obra común de liberación. Esta valoración no significa dejar a un lado toda otra investigación y apreciación.

San Martín también cree en la "ciudadanía americana" y en la federación de pueblos (Argentina, Chile, Perú), así como en la organización federal de nuestro país. Montegudo sale con San Martín en su empresa libertadora y lo hace como hombre de ideas revolucionarias. Luego participa con Bolívar en la convocatoria del Congreso de Panamá de 1826. Es el mismo Montegudo que compartió ideas con Mariano Moreno, otro hombre que vio a la Argentina hasta el sur y América Latina hasta arriba. Ya en 1810 Moreno temió por la desintegración del Virreynato del Río de la Plata. Castelli también aspiró a la patria grande. Y no queremos olvidar a Artigas en su anhelo de las "Provincias Unidas del Sur" y de la "Patria Americana" (1814).

Todo eso quedó en los sueños y las utopías. En cambio se creó la Unión Panamericana, transformada luego en OEA. Es exactamente lo opuesto a Bolívar: Estados Unidos como amo de una organización internacional latinoamericana. No negamos a Estados Unidos su lugar en la ONU, como a ningún país, pero la OEA debe ser, ya, sólo OELA (Organización de Estados Latinoamericanos).

La guerra del Atlántico Sur alentó la aspiración a que la OELA sea una realidad. Y en esta nueva relación latinoamericana, que apenas empieza, debe destacarse que los países de América Latina son también potencias marítimas y en hacia el Pacífico, en y hacia el Atlántico, ahora invadido por la fuerza naval, militar, atómica y mercenaria de la OTAN. Esta, con su centro operacional desde las Malvinas, es un problema latinoamericano como lo es la invasión de la flota de Estados Unidos, por el Pacífico, contra Centroamérica. No podemos recordar a Bolívar sin enfrentar, unidos nuestros pueblos, a ambas agresiones ni podemos tampoco dejar de denunciar a los dirigentes políticos que callan.

Se trata, además, de enfrentar a las transnacionales y sus trenzas regionales en aguas suratlánticas y con vistas al dominio antártico. Para la Argentina, como lo vengo sosteniendo con reiteración, la cuestión no se limita a "recuperar" las Malvinas sino en proyectarnos a nuestro Atlántico Sur en defensa también de nuestra Antártida hasta el polo sur. Esta es otra nueva perspectiva del futuro argentino. La Argentina que siente la obligación de desarrollar la Patagonia debe sentirse también país marítimo. Así entrará en lo que ya es escenario creciente en el futuro de la humanidad. Allí, al realizar lo propio, sentirá también que entra en otra realidad internacional. Ahí está lo colonialista de Europa, incluida, como siempre, Francia. Está el neocolonialismo.

Pero, aclaremos, no se trata ni de depender de Europa ni de ser anti-Europa. Reconocemos lo que ésta dio y da al progreso mundial y pro-

curamos que sea también nuestro, pero nos oponemos a una política altanera de Europa hacia América Latina. Compartimos luchas con pueblos europeos, por la democracia y el socialismo. Pero aspiramos a que ese socialismo de ellos, como el nuestro, sea el que supere limitaciones y dogmas que traban y deforman a pueblos y personas.

Pero, en América Latina, partimos de nuestras propias realidades. Las de hoy en una perspectiva de mañana. Nos situamos en nuestro tiempo histórico y ahí seremos según el ritmo que demos a nuestra acción. Como Bolívar tenemos que sentir la ambición de pensar que Europa y el mundo también resultarán de lo que hagamos en el nuestro.

Una América distinta admite otros mundos distintos. Cada uno es un centro relativo, cambiante. Somos policentristas donde la distinción de conjuntos no significa supremacías. Estamos ahora en el llamado "Tercer Mundo" y a través de él participamos de toda la actividad mundial. En la Argentina luchamos hoy por la alternativa popular en una perspectiva socialista. Esto se está también extendiendo en América Latina al superarse viejas abstracciones, esquemas y limitaciones. Es lo que en 1973, al ocuparme del "nuevo poder" en la Argentina y de "El poder y la revolución", unía lo que pensaba sería "La joven revolución latinoamericana".

Lo recuerdo ahora en homenaje a Bolívar y en el camino de lo que ha de ser la integración latinoamericana.

UN NUEVO DESAFIO

Retomar la idea bolivariana a través de la crítica del eurocentrismo implica un nuevo desafío: es un desafío teórico.

Es el desafío de afirmar que *otra* cronología histórica es posible. Que desde países de América Latina algunos de ellos o todos, *podemos* entrar en el futuro con una perspectiva propia en medio de bloques que se consideran definitivos. No se trata de un tercer o cuarto camino, sino de un camino tan "primero" como cualquier otro. Hay que entrar en la mentalidad de lo simultáneo distinto y relativamente independiente, condición para nuevas relaciones de unidad e integración; y nuevas diferenciaciones.

Julio 25 de 1983.

SOCIALIST AFFAIRS

Publicación de la Internacional Socialista.
88^a St. John's Wood High Street,
London NWS 7SJ, Inglaterra

Horacio Crespo

MARX Y AMÉRICA LATINA: RAICES DE UN DESENCUENTRO

En la presentación al libro de José Aricó *Marx y América Latina*¹, Carlos Franco lo califica de "texto fundador". Compartimos esta opinión en la medida en que con él se abre —a partir de posiciones cuya radical novedad conviene subrayar desde el inicio mismo de este comentario— un espacio de reflexión y debate en torno de un problema que, a pesar de su vieja data, no había podido desembarazarse de una red de equívocos que con mayor o menor intencionalidad oscurecían su dilucidación y, lo que es más, su real significación. En efecto, las alusiones, referencias y escritos de mayor aliento de Marx y también de Engels sobre América Latina², cargadas de connotaciones negativas en su inmensa mayoría, habían sufrido hasta ahora una doble manipulación: por un lado, le de aquellos que veían allí la prueba irrecusable de la *ontológica* ineptitud del marxismo para dar cuenta de la "originalidad" de nuestras realidades; por otra, la vergonzante aceptación de la "culpa" exonerada por la ocultación de hecho de tales materiales o la descalificación, por una u otra vía, de su "seriedad", garantizando de esta manera la validez del sistema erigido en verdad absoluta e incontestable a pesar de estas minucias y deslices. Aricó da un decidido paso adelante al abordar el problema de lleno y al considerarlo el motivo de una indagación de largo alcance.

Dos niveles de reflexión diferenciados se entrelazan en el texto de Aricó, que si bien aparecen orgánicamente ligados en el tratamiento del problema abordado resultan fácilmente discernibles. Primero, el tema de la forma de la presencia de América Latina en la obra de Marx, presencia caracterizada fuertemente por elementos singulares cuya génesis y sentido es una línea de fuerza en el desarrollo del libro. Segundo, la cuestión del marxismo contemporáneo, en América Latina y en el mundo, la problemática del marxismo y su *crisis*. La compleja vinculación de ambos planos —más allá de las apelaciones reiteradas y explícitas del autor en cuanto a la forma que él considera adecuada de leer su libro, no como el resultado de una preocupación y subsecuente indagación filológica (aunque esta preocupación afortunadamente está presente y resulta una señal significativa en este mundo intelectual cada vez más

1. Aricó, José, *Marx y América Latina*, México, Alianza Editorial Mexicana, 2da. edición, 1982. La primera edición de este trabajo fue hecha en Lima, Perú, en 1980.

2. Se encuentran reunidos en la excelente edición de Pedro Scaron: Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*, México, Cuadernos de Pasado y Presente 30, 1980.

corrido por las urgencias, las generalizaciones apresuradas, los *a priori* respecto de la "importancia" de las temáticas, los fuegos artificiales en fin, dejando de lado cada vez más la investigación y el trabajo realmente constituyente y fundante) sino como el abordaje de un problema nodal para la consideración del desarrollo del marxismo en nuestro continente— se realiza en el método utilizado por Aricó para llevar adelante su propósito. Estamos frente a un marxista que considera los textos de Marx desde la perspectiva crítica que constituye para él lo esencial de la propuesta y el contenido metodológico de la obra del propio Marx, enfrentando claramente de esta forma toda la línea hermenéutica que hace del corpus teórico del autor de *El capital* un sistema cerrado, definitivo y oracular. A partir de la dilucidación practicada sobre ellos en función de lo que llama una lectura *contextual* de Marx, un trabajo en Marx, muestra un camino de reflexión, una forma de análisis y una concepción global del marxismo como corriente del pensamiento social, y de su presencia y papel en el mundo contemporáneo— que pasa a constituirse en el otro ojo sustantivo de su trabajo. Así, las posiciones planteadas por Aricó en este terreno conforman una de las propuestas con mayores resonancias dentro del dificultoso proceso del socialismo latinoamericano en pos de una recomposición teórica, ideológica y política. En esto reside una de las virtudes más interesantes del ensayo que nos ocupa: no es una pontificación repetitiva de la vigencia del marxismo como el sistema revelador del sentido de la historia y, a través de este poder, como el otorgante de sentido al movimiento social de transformación de la realidad, sino que es un cuestionamiento radicalmente polémico— en la medida en que manifiesta la génesis y la historicidad de esta propuesta en la práctica de la II y III Internacionales— mediante la *mostración* en acto de un método y una concepción opuesta que supera en sus alcances el elemento concreto investigado.

¿Cuál es, aquí, el objeto de investigación inicialmente planteado, que funciona como disparador de todo el análisis? o Aricó se centra en la forma en que América Latina aparece en los textos de Marx —ejemplificada por las referencias a la guerra de México con Estados Unidos o en el panfleto desmedidamente negativo sobre la figura de Bolívar—, que para el autor no puede ser explicada en su propia positividad, que fue el camino intentado por todos los que hasta el momento se abocaron al problema. La clave de la dilucidación de la cuestión está en la forma en que América Latina *no aparece* en esos textos, en la manera en que se constituyó en una "realidad soslayada". Y el camino consiste, entonces, *contextualizar* a Marx, confrontar los textos acerca de Latinoamérica con los que paralelamente iba dedicando a China, Turquía, Rusia, Irlanda, España, esos textos en los que con un despliegue teórico y metodológico sorprendentemente agudo y moderno daba cuenta del complejo fenómeno del *asiatismo*, de la formación de los estados, del problema nacional. La compleja relación entre presencias y ausencias de determinados puntos de vista en el tratamiento de conflictos de algún modo semejantes no

puede ser, por tanto, resuelta apelando a categorizaciones condicionantes de la obra de Marx en un sentido general —tales como la noción de *européismo*— sino sólo por medio de la lectura *contextual* mediante la cual un texto alumbraba a otros, ambos se cuestionan, abren fisuras e interesantes, fomentan una radical fragmentación en un pensamiento en constante desarrollo, abierto, refractario a cualquier congelamiento sistematizador, "asistemático" en su planteamiento más esencial³. En resumen: si Marx en un texto es *européista* y en otro escrito contemporáneo no lo es, evidentemente la explicación debe situarse en otro sitio que el de esa supuesta y por cierto socorrida limitación. No se trata, entonces, y para Aricó, de la escasa importancia de la temática de América Latina en la obra de Marx —finalmente, como bien subraya el autor, los textos no son tan mínimos y escasos— sino del persistente prejuicio con que la trata: ausente de otros escritos contemporáneos, debe encontrar su fundamento en otra dimensión del universo mental de Marx: el de la política.

En efecto, Aricó no sólo cuestiona que el pensamiento de Marx haya quedado encerrado en presupuestos teóricos de matriz hegeliana que le impidieron enfrentarse al complejo fenómeno acarreado por la universalización del capitalismo y la necesidad de un capitalismo "industrial" frente a un capitalismo "colonial" que lo complementa y que es de hecho funcional con los presupuestos del primero, sino que de esta estrecha relación de naturaleza orgánica avanzó a planteamientos muy significativos en cuanto al papel del mundo colonial oprimido en el proceso de liberación social. Nada de esto está presente en los análisis dedicados a América Latina: por el contrario, vemos en esos textos los más claros prejuicios y la más radical incomprensión de un fenómeno de la importancia de las guerras de la Independencia, por ejemplo, y del tumultuoso complejo proceso de conformación de los nuevos estados nacionales. Pero si Marx logró elaborar teóricamente la "autonomía" del campo nacional, "desde la cual, y sólo la cual, puede pensarse el problema de la resolución social en términos concretos o, dicho de otro modo, el problema de las posibilidades concretas de conjunción del combate por la emancipación nacional con el proceso de la lucha de clases"⁴, entonces superó completamente los presupuestos "eurocéntricos" tan visibles en el momento marcado por el impacto de las revoluciones de 1848. La tesis de Aricó se redondea: "(...) nuestra tesis es que no fue la 'superficialidad' del periodista, ni el 'desconocimiento' del historiador, ni las limitaciones del 'metodólogo', ni finalmente el desprecio del 'eurocentrista', las que pueden explicarnos la paradójica actitud de Marx frente a América Latina. Todos estas limitaciones pudieron emerger y desvir-

3. Para un excelente tratamiento de este problema cf. la introducción de Oscar del Barco a Marx, Karl, *Notas marginales al "Tratado de Economía Política" de Adolph Wagner*, México, Cuadernos de Pasado y Presente - 7, 1982.

4. Aricó, José, op. cit., pág. 94. Los subrayados de las citas son de J. A.

tuar sus reflexiones porque una previa y prejuiciosa actitud política obnubiló su mirada" 5.

Este prejuicio político tan acentuado en Marx motivó la resurrección en su pensamiento de la idea hegeliana de "pueblos sin historia"—en un momento de evidente superación de esa noción para otras áreas de análisis—, como base de su caracterización del proceso latinoamericano, es decir, la consideración de los pueblos latinoamericanos como conglomerados humanos carentes de la madurez y, podríamos decir, de la "masa crítica" necesaria para la constitución de una nación legitimada en sus derechos de existencia. Y, paralelamente a la resurrección positiva de esta idea hegeliana, se avivó su aversión a un postulado de Hegel acerca del papel del Estado como instancia productora de la sociedad civil. En la medida en que el presupuesto era la inexistencia de la nación. Marx no podía ver de otra forma que como presencia omnimoda y no racional—también en un sentido hegeliano— del Estado sobre los esbozos de sociedad civil a los procesos en curso en América Latina a partir de la independencia— procesos, además y sobre todo, en los que el Estado cumplía sin duda un papel decisivo en cuanto al moldeamiento de la sociedad. Marx, de acuerdo con Aricó, no pudo observar en ellos "la presencia de una lucha de clases definitoria de su movimiento real y por tanto fundante de su sistematización lógico-histórica" 6, y a partir de este no podía categorizar correctamente esta realidad que se le presentaba en un estado de magma.

Acordada la presencia de un prejuicio político, y no de un impedimento teórico en la visión de Marx, resulta importante identificarlo. Aricó piensa que las condiciones de constitución de los Estados latinoamericanos, a las que nos hemos referido, y las primeras etapas de su desarrollo independiente, eran tan excéntricas de los postulados de Marx respecto a la relación entre Estado y sociedad civil —a partir de la refutación del principio hegeliano de la primacía otorgada al Estado— que condujeron a Marx a "excluir" de su pensamiento "una realidad que se presentaba ante sus ojos como la potenciación sin contrapartida del bonapartismo y la reacción europea" 7. En esto se encuentra localizada la raíz del prejuicio de Marx que le veló toda posibilidad de comprender un fenómeno como el de Francia en el Paraguay, y el caso más explícito y rotundo: la figura histórica del Libertador Bolívar, cuya identificación con el tipo de dictador bonapartista —pintado con los colores más viles— es transparente.

Este análisis sintemático de las reflexiones de Marx sobre América Latina y de la naturaleza del impedimento que le canceló la posibilidad de ver aquí lo que fue capaz de observar en Asia, en Irlanda o en España, está fundamentado en una serie de proposiciones que constituyen puntos

nodales de la reflexión de Aricó sobre la obra de Marx y sobre el marxismo. Sintetizadas esquemáticamente son las siguientes:

Primero: el pensamiento de Marx no constituye un sistema a la manera de Hegel, por ejemplo, sino que está conformado por una multiplicidad de núcleos teóricos y una "sucesión" e intercalación de problemáticas, metodologías y resultados cuya evolución es rastreable a lo largo de toda su obra.

Segundo: no existen en la obra de Marx textos privilegiados, "científicos", y textos desechables. Aricó no trabaja con una distinción y jerarquización de los textos a la manera de Louis Althusser, aunque en cierto sentido existe en él la preocupación por abordar, por inquirir en aquellos trabajos del Marx "desconocido"—cuyo ejemplo más notable serían los *Grundrisse*— que no entraron en la constitución del "sistema" marxista fijado por la II y posteriormente por la III Internacional. Los textos "políticos" de Marx, aquellos que él dedicó al estudio de la realidad internacional a partir de los años cincuenta—hasta ahora singularmente devaluados como escritos "ocasionales", o surgidos de los apremios económicos de Marx, y por estas razones desligados del desarrollo de su "verdadera" concepción de la historia y la teoría— adquieren para nuestro autor una particular importancia como reveladores de fracturas, discontinuidades, nuevos rumbos y preocupaciones, todas cosas que subrayan la asistemática del pensamiento marxiano y las falacias de la interpretación "sistemática".

Tercero: existe en el trabajo de Aricó una periodización implícita de la obra de Marx que ubica una quiebra profunda, una discontinuidad radical, entre un Marx todavía "europeísta", un Marx convencido del sentido de progreso del que sería portador el mundo burgués—en la dirección asignable a las afirmaciones del *Manifiesto Comunista*, los textos en torno a la Revolución de 1848, los artículos acerca de la dominación británica en la India e inclusive determinados pasajes de *El Capital*— y las preocupaciones cada vez más presentes y acuciantes en su pensamiento, a partir de finales de la década de los cincuenta, en torno a los problemas generados por las consecuencias del desarrollo del capitalismo, su presencia en el mundo colonial, la emergencia de las luchas nacionales, las relaciones complejas entre "cuestión nacional" y lucha de clases. Esta discontinuidad alcanza su punto de ruptura—para Aricó— en los escritos acerca de la cuestión irlandesa en torno al año 1867, en los que se produciría una inversión trascendental en el nivel de la categorización de la ruptura revolucionaria y su agente: el proletariado inglés no sería el libertador de Irlanda, sino que la lucha nacional de los irlandeses sería el presupuesto de la liberación social en Inglaterra. Esta evolución es subrayada como una verdadera revolución copernicana en el pensamiento de Marx por Aricó, acentuada luego, en la década de los setenta, por el estudio de los problemas concernientes a la comuna rural rusa y sus potencialidades para ser la base de un desarrollo no capitalista, que altera todo el consagrado cuadro de evolución "necesaria" de las

5. Ib., pág. 172.

6. Ib., pág. 127.

7. Ib., pág. 107.

sociedades asignado a Marx con toda su carga de improntas positivistas.

Cuarto: la existencia de una radical diferencia teórica entre Marx y Engels, reflejada muy sensiblemente en el plano de la cuestión nacional, cuyas consecuencias han sido muy importantes en la medida en que el segundo habría contribuido muy sustancialmente en la tarea —que Kautsky culminó— de sistematizar a Marx y convertirlo en el pensamiento orgánico del movimiento obrero europeo, con cargas positivistas y eurocentristas cuyas consecuencias fueron nefastas para el desarrollo del movimiento socialista durante un largo período, y que resienten todavía hoy.

Quinto: subrayar la discontinuidad entre el pensamiento de Marx y el sistema hegeliano, y fundamentalmente la cabal refutación de la existencia de un "historicismo" genetista en la teoría de Marx, resulta una de las notas básicas de la interpretación de Aricó.

Finalmente, nuestro autor efectúa una nítida distinción entre Marx y el marxismo, entre la obra abierta de un pensador "clásico" con sus múltiples posibilidades de lecturas e interpretaciones y el desarrollo del marxismo como teoría sustantiva del movimiento socialista, desde una concepción cuyo punto de toque reside en la idea de la conexión orgánica de la teoría con la realidad social, y eso no en el sentido de la esquemática relación entre "estructura" y "superestructura" resultante de la mecanización de una metáfora de Marx, sino en el de la ligazón orgánica, profundamente dialéctica, entre sociedad, movimiento social y desarrollo teórico, entre los problemas efectivamente planteados por una sociedad, la reflexión sobre ellos y el movimiento práctico de su resolución. Planos todos interrelacionados pero, a la vez, relativamente autónomos. Es desde aquí que Aricó insiste en la urgencia de la revisión de la historia del movimiento social y del marxismo, para encontrar las necesidades pero también las insuficiencias y las esclerosis cuya superación sea motivo de una reflexión útil para la recomposición de un socialismo latinoamericano ubicado, como él afirma, más sobre el costado libertario del pensamiento de Marx que sobre los pesados paradigmas estatales que hoy son contrabandeados como su herencia más pura.

De esta manera nuestro autor entra de lleno en el debate actual de la crisis del marxismo, admitiendo la vigencia del mismo como instrumento de análisis de la realidad contemporánea —en la medida en que la época histórica que Marx alumbró todavía no ha desplegado todas sus potencialidades, no se ha realizado plenamente—, y a partir de esa capacidad teórica destaca su vinculación orgánica con las fuerzas actuantes en forma contradictoria en nuestra sociedad. A cien años de la muerte física de Marx, su obra sigue siendo un elemento fundamental de interpretación de nuestro mundo y la pretensión de unidad entre marxismo y movimiento social de transformación no reposa —como muchos críticos señalan— en la voluntad subjetiva de algunos sino en las reales capacidades de ella de contribuir a develar y resolver los problemas esenciales de su desarrollo. La contribución de Aricó en este sentido —más allá de algunas discrepancias cuyo señalamiento resulta aquí

ocioso— me parece precisamente reveladora de esta capacidad del marxismo —al menos de cierto marxismo— para el ejercicio crítico de la reflexión y el pensamiento libre, y a partir de ahí su plena posibilidad de participación activa en la resolución del gran desafío histórico de nuestra generación: el de la construcción de la democracia social en nuestra América. Un socialismo recompuesto, un socialismo sacudido de la pesada carga de la opresión estatal que lo aqueja en su realización práctica, un socialismo que realmente ponga en el centro de su sustantividad la liberación social junto con la resolución de los problemas nacionales en el pleno ejercicio de la democracia irrestricta constituye un elemento necesario y probablemente decisivo en su consecución. El libro comentado se instala plenamente en el debate de esta problemática y en eso radica —sin duda alguna— su mérito esencial.

LIMITE SUR

La realidad de América latina

Director: Hugo Vigorena Ramírez

Consejo de redacción: Pedro Almazán, Sol Argüedas, Rodrigo Borja, Gerard Pierre Charles, Socorro Díaz Palacios, Horacio Labastida, Michael Manley, Alicia Moreau de Justo, José Francisco Peña Gómez, Carlos Andrés Pérez, Anselmo Sule.

Dirección: Juan Sánchez Azcona 107, Col. del Valle, México 12 DF.

EL SOCIALISTA

Revista del P.S.O.E.

Calle de Santa Engracia, 90,
Madrid 3, España

LEVIATAN

Revista de hechos e ideas

Monte Esquinza 30, 3ª dcha.
Madrid 4, España

DISCURSO ANTE LA
TUMBA DE MARX

Palabras de Federico Engels ante la tumba de Carlos Marx, pronunciadas el 17 de marzo de 1883, en el cementerio londinense de Highgate y reproducidas el 22 de marzo del mismo año en el periódico "Socialdemokrat".

El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde, dejó de pensar el más grande pensador de nuestros días. Apenas le dejamos dos minutos solo, y cuando volvimos, le encontramos dormido suavemente en su sillón pero para siempre.

Es de todo punto imposible calcular lo que el proletariado militante de Europa y América y la ciencia histórica han perdido con este hombre. Harto pronto se dejará sentir el vacío que ha abierto la muerte de esta figura gigantesca.

Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo, pero oculto hasta él bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etc.; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o de una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse; y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo.

Pero no es esto sólo, Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía iluminó de pronto estos problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos socialista, habían vagado en las tinieblas.

Dos descubrimientos como éstos debían bastar para una vida. Quien tenga la suerte de hacer tan sólo un descubrimiento así ya puede considerarse feliz. Pero no hubo un solo campo que Marx no sometiese a investigación —y estos campos fueron muchos, y no se limitó a tocar de pasada ni uno solo—, incluyendo las matemáticas, en que no hiciese descubrimientos originales.

Tal era el hombre de ciencia. Pero esto no era, ni con mucho, la mitad del hombre. Para Marx, la ciencia era una fuerza histórica motriz, una fuerza revolucionaria. Por puro que fuese el goce que pudiera depararle un nuevo descubrimiento hecho en cualquier ciencia teórica y cuya aplicación práctica tal vez no podía preverse aún en modo alguno, era muy otro el goce que experimentaba cuando se trataba de un descubrimiento que ejercía inmediatamente una influencia revolucionaria en la industria y en el desarrollo histórico en general. Por eso seguía al detalle la marcha de los descubrimientos realizados en el campo de la electricidad, hasta los de Marcel Deprez en los últimos tiempos.

Pues Marx era, ante todo, un revolucionario. Cooperar, de éste o del otro modo, al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones políticas creadas por ella, contribuir a la emancipación del proletariado moderno, a quien él había infundido por primera vez la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones de su emancipación: tal era la verdadera misión de su vida. La lucha era su elemento. Y luchó con una pasión, una tenacidad y un éxito como pocos. Primera *Gaceta del Rin*, 1842; *Vorwärts* de París, 1844; *Gaceta Alemana de Bruselas*, 1847; *Nueva Gaceta del Rin*, 1848-1849; *New York Daily Tribune*, 1852 a 1861, a todo lo cual hay que añadir un montón de folletos de lucha, y el trabajo en las organizaciones de París, Bruselas y Londres, hasta que, por último, nació, como remate de todo, la gran Asociación Internacional de los Trabajadores, que era, en verdad, una obra de la que su autor podía estar orgulloso, aunque no hubiese creado ninguna otra cosa.

Por eso, Marx era el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Los gobiernos, lo mismo los absolutistas que los republicanos, le expulsaban. Los burgueses, lo mismo los conservadores que los ultrademócratas, competían a lanzar difamaciones contra él. Marx apartaba todo esto a un lado como si fueran telas de araña, no hacía caso de ello; sólo contestaba cuando la necesidad imperiosa lo exigía. Y ha muerto, venerado, querido, llorado por millones de obreros de la causa revolucionaria, como él, diseminados por toda Europa y América, desde las minas de Siberia hasta California. Y puedo atreverme a decir que si pudo tener muchos adversarios, apenas tuvo un solo enemigo personal.

Su nombre vivirá a través de los siglos, y con él su obra.

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura

Directora: Beatriz Sarlo

Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B)

Buenos Aires, Argentina

El escritor y patriota cubano José Martí escribió una interesante nota sobre Carlos Marx, fechada en Nueva York, el 29 de marzo de 1883, que apareció en "La Nación" de Buenos Aires. Fue publicada por la "Revista Socialista", dirigida por Rómulo Bogliolo, y está incluida en el tomo 9 de las "Obras Completas" de José Martí (La Habana, 1963), con prólogo de José Marinello.

Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño y arde en ansias temerosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blanco al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de encontrar salida a la indignación de modo que la bestia cese sin que se desborde y espante. Ved esta sala la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros cuya vista entenece y conforta, enseña más músculos que alhajas, más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoja ver a un labriego, a un herrador o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ella.

New York va siendo a modo de vorágine: cuanto en el mundo hierve, en ella cae. Acá sonríen al que huye; allá le hacen huir. De esta bondad le ha venido a este pueblo esta fuerza. Karl Marx estudió los modos de enseñar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa; y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de senos de pueblos en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido la gestación natural y laboriosa.

Aquí están buenos amigos de Carlos Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los obreros europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer el bien. El veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha. Aquí están un Lecovitch, hombre de diarios; vedle como habla: lle-

gan a él reflejos de aquel tierno y radioso Bakounia: comienza a hablar en inglés; se vuelve a otros en alemán: "Dah dah", responden entusiastas desde sus asientos sus compatriotas cuando les habla en ruso. Son los rusos el látigo de la Reforma; mas no, no son aún estos hombres impacientes y generosos, manchados de ira, los que han de poner cimientos al mundo nuevo; ellos son la espuela, y vienen a punto, como la voz de la conciencia, que pudiera dormirse; pero el acero del acicate no sirve bien para martillo fundador. Aquí está Swinton, anciano a quien las injusticias enardecen, y vio en Karl Marx tamaños de mente y luz de Sócrates. Aquí está el alemán John Most, voceador insistente y poco amable y encendedor de hogueras, que no lleva en la mano diestra el bálsamo con que ha de curar las heridas que abra su mano siniestra. Tanta gente ha ido a oírles hablar, que rebosa en el salón y da a la calle. Sociedades corales, cantan. Entre tantos hombres hay muchas mujeres. Repiten en coro, con aplauso, frases de Karl Marx, que cuelgan en cartelones por los muros. Millot, un francés, dice una cosa bella: "La libertad ha caído en Francia muchas veces; pero se ha levantado más hermosa de cada caída". John Most habla palabras fanáticas: "Desde que leí en una prisión sajona los libros de Marx, he tomado la espada contra los vampiros humanos". Dice un Magure: "Regocija ver juntos, ya sin odios, a tantos hombres de todos los pueblos. Todos los trabajadores de la tierra pertenecen ya a una sola nación y no se querellan entre sí, sino que todos juntos contra los que los oprimen. Regocija haber visto, cerca de la que fue en París Bastilla ominosa, seis mil trabajadores venidos de Francia y de Inglaterra". Habla un bohemio. Leen una carta de Henry George, famoso economista nuevo, al aire de los que padecen, amado por el pueblo aquí, y en Inglaterra famoso. Y entre salvas de aplausos tonantes, y frenéticos hurras, pónese en pie, en unánime movimiento, la ardiente asamblea, en tanto que leen desde la plataforma en alemán y en inglés dos hombres de frente ancha y mirada de hoja de Toledo, las resoluciones con que la junta magna acaba, en que Karl Marx es llamado el héroe más noble y el pensador más poderoso del mundo del trabajo. Suenan músicas, resuenan cantos; pero se nota que no son los de la paz.

NUEVA SOCIEDAD

La actualidad política, social y económica latinoamericana desde una óptica distinta

Director: Alberto Koschuetzke

Redacción y distribución:

Edificio IASA, 6º piso Oficina 606

Plaza La Castellana - Caracas, Venezuela

Lenin escribió este artículo para el 30 aniversario de la muerte de Carlos Marx. Se publicó en "Prosveschemie", número 3 de 1913, y llevó, como título "Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo". Se trata de un trabajo algo sumario escrito por Lenin pero, a pesar de ello, es una buena exposición sobre el marxismo.

La doctrina de Marx suscita en todo el mundo civilizado la mayor hostilidad y el odio de toda la ciencia burguesa (tanto la oficial como la liberal), que ve en el marxismo algo así como una "secta perniciosa". Y no puede esperarse otra actitud, pues en una sociedad que tiene como base la lucha de clases no puede existir una ciencia social "imparcial". De uno u otro modo, toda la ciencia oficial y liberal defiende la esclavitud asalariada, mientras que el marxismo ha declarado una guerra implacable a esa esclavitud. Esperar que la ciencia sea imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada, sería la misma absurda ingenuidad que esperar imparcialidad por parte de los fabricantes en lo que se refiere al problema de si deben aumentarse los salarios de los obreros disminuyendo los beneficios del capital.

Pero hay más. La historia de la filosofía y la historia de la ciencia social muestran con diáfana claridad que en el marxismo *nada hay* que se parezca al "sectarismo", en el sentido de que sea una doctrina fanática, petrificada, surgida *al margen* de la vía principal que ha seguido el desarrollo de la civilización mundial. Por el contrario, lo genial en Marx es, precisamente, que dio respuesta a los problemas que el pensamiento de avanzada de la humanidad había planteado ya. Su doctrina surgió como la *continuación* directa e inmediata de las doctrinas de los más grandes representantes de la filosofía, la economía política y el socialismo.

La doctrina de Marx es omnipotente porque es verdadera. Es comprensible y armónica, y brinda a los hombres una concepción integral del mundo, intransigente con toda superstición, con toda reacción y con toda defensa de la opresión burguesa. El marxismo es el heredero legítimo de lo mejor que la humanidad creó en el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés.

No detendremos brevemente en estas tres fuentes del marxismo, que constituyen, a la vez, sus partes integrantes.

La filosofía del marxismo es el *materialismo*. A lo largo de toda la historia moderna de Europa, y en especial en Francia a fines del siglo XVIII, donde se desarrolló la batalla decisiva contra toda la escoria medieval, contra el feudalismo en las instituciones y en las ideas, el materialismo se mostró como la única filosofía consecuente, fiel a todo lo que enseñan y las ciencias naturales, hostil a la superstición, a la moji-gata hipocresía, etc. Por eso, los enemigos de la democracia empeñaron todos sus esfuerzos para tratar de "refutar", minar, difamar el materialismo y salieron en defensa de las diversas formas del idealismo filosófico, que se reduce siempre, de una u otra forma, a la defensa o al apoyo de la religión.

Marx y Engels defendieron del modo más enérgico el materialismo filosófico y explicaron reiteradas veces el profundo error que significaba toda desviación de esa base. En las obras de Engels *Ludwig Feuerbach* y *Anti-Dühring*, que —al igual que el *Manifiesto Comunista*— son los libros de cabecera de todo obrero con conciencia de clase, es donde aparecen expuestas con mayor claridad y detalle sus opiniones.

Pero Marx no se detuvo en el materialismo del siglo XVIII, sino que desarrolló la filosofía llevándola a un nivel superior. La enriqueció con los logros de la filosofía clásica alemana, en especial con el sistema de Hegel, el que, a su vez, había conducido al materialismo de Feuerbach. El principal de estos logros es la *dialéctica*, es decir, la doctrina del desarrollo en su forma más completa, profunda y amplia, la doctrina acerca de lo relativo del conocimiento humano, que nos da un reflejo de la materia en perpetuo desarrollo. Los novismos descubrimientos de las ciencias naturales —el radio, los electrones, la transformación de los elementos— son una admirable confirmación del materialismo dialéctico de Marx, quiéranlo o no las doctrinas de los filósofos burgueses, y sus "nuevos" retornos al viejo y decadente idealismo.

Marx profundizó y desarrolló totalmente el materialismo filosófico, e hizo extensivo el conocimiento de la naturaleza al conocimiento de la *sociedad humana*. El *materialismo histórico* de Marx es una enorme conquista del pensamiento científico. Al caos y la arbitrariedad que imperan hasta entonces, en los puntos de vista sobre historia y política, sucedió una teoría científica asombrosamente completa y armónica, que muestra cómo, en virtud del desarrollo de las fuerzas productivas, de un sistema de vida social surge otro más elevado; cómo del feudalismo, por ejemplo, nace el capitalismo.

Así como el conocimiento del hombre refleja la naturaleza (es decir, la materia en desarrollo), que existe independientemente de él, así el *conocimiento social* del hombre (es decir, las diversas concepciones y doctrinas filosóficas, religiosas, políticas, etc.), refleja el *régimen económico* de la sociedad. Las instituciones políticas son la superestructura

que se alza sobre la base económica. Así vemos, por ejemplo, que las diversas formas políticas de los Estados europeos modernos sirven para reforzar la dominación de la burguesía sobre el proletariado.

La filosofía de Marx es un materialismo filosófico acabado, que ha proporcionado a la humanidad, y sobre todo a la clase obrera, la poderosa arma del saber.

II

Después de haber comprendido que el régimen económico es la base sobre la cual se erige la superestructura política, Marx se entregó sobre todo al estudio atento de ese sistema económico. La obra principal de Marx, *El Capital*, está consagrada al estudio del régimen económico de la sociedad moderna, es decir, la capitalista.

La economía política clásica anterior a Marx surgió en Inglaterra, el país capitalista más desarrollado. Adam Smith y David Ricardo, en sus investigaciones del régimen económico, sentaron las bases de la *teoría del valor por el trabajo*. Marx prosiguió su obra; demostró esa teoría y la desarrolló consecuentemente; mostró que el valor de toda mercancía está determinado por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en su producción.

Allí donde los economistas burgueses veían relaciones entre objetos (cambio de una mercancía por otra), Marx descubrió *relaciones entre personas*. El cambio de mercancías expresa el vínculo establecido a través del mercado entre los productores aislados. El *dinero*, al unir indisolublemente en un todo único la vida económica íntegra de los productores aislados, significa que este vínculo se hace cada vez más estrecho. *El Capital* significa un desarrollo ulterior de este vínculo: la fuerza de trabajo del hombre se transforma en mercancía. El obrero asalariado vende su fuerza de trabajo al propietario de la tierra, de las fábricas, de los instrumentos de trabajo. El obrero emplea una parte de la jornada de trabajo en cubrir el costo de su sustento y el de su familia (salario); durante la otra parte de la jornada trabaja gratis, creando para el capitalista la *plusvalía*, fuente de las ganancias, fuente de la riqueza de la clase capitalista.

La teoría de la plusvalía es la piedra angular de la teoría económica de Marx.

El capital, creado por el trabajo del obrero, oprime al obrero, arruina a los pequeños propietarios y crea un ejército de desocupados. En la industria, el triunfo de la gran producción se advierte en seguida, pero también en la agricultura se observa ese mismo fenómeno, donde la superioridad de la gran agricultura capitalista, es acrecentada, aumenta el empleo de maquinaria, y la economía campesina, atrapada por el capital financiero, languidece y se arruina bajo el peso de su técnica atrasada.

En la agricultura la decadencia de la pequeña producción asume otras formas, pero es un hecho indiscutible.

Al liquidar la pequeña producción, el capital lleva al aumento de la productividad del trabajo y a la creación de una situación de monopolio para los consorcios de los grandes capitalistas. La misma producción va adquiriendo cada vez más un carácter social —cientos de miles y millones de obreros ligados entre sí en un organismo económico regular—, mientras que un puñado de capitalistas se apropia del producto de este trabajo colectivo. Se intensifican la anarquía de la producción, las crisis, la carrera desesperada en busca de mercados, y se vuelve más insegura la vida de las masas de la población.

Al aumentar la dependencia de los obreros del capital, el sistema capitalista crea la gran fuerza del trabajo conjunto.

Marx sigue el desarrollo del capitalismo desde los primeros gérmenes de la economía mercantil, desde el simple trueque, hasta sus formas más elevadas, hasta la gran producción.

Y la experiencia de todos los países capitalistas, viejos y nuevos, demuestra claramente, año tras año, a un número cada vez mayor de obreros, la veracidad de esta doctrina de Marx.

El capitalismo ha triunfado en el mundo entero, pero este triunfo no es más que el preludio del triunfo del trabajo sobre el capital.

III

Cuando fue derrocado el feudalismo y surgió en el mundo la *libre* sociedad capitalista, en seguida se puso de manifiesto que esa libertad representaba un nuevo sistema de opresión y explotación del pueblo trabajador. Como reflejo de esa opresión y como protesta contra ella, aparecieron inmediatamente diversas doctrinas socialistas. Sin embargo, el socialismo primitivo era un socialismo *utópico*. Criticaba la sociedad capitalista, la condenaba, la maldecía, soñaba con su destrucción, imaginaba un régimen superior, y se esforzaba por hacer que los ricos se convencieran de la inmoralidad de la explotación.

Pero el socialismo utópico no podía indicar una solución real. No podía explicar la verdadera naturaleza de la esclavitud asalariada bajo el capitalismo, no podía descubrir las leyes del desarrollo capitalista, ni señalar qué *fuerza social* está en condiciones de convertirse en creadora de una nueva sociedad.

Entretanto, las tormentosas revoluciones que en toda Europa, y especialmente en Francia, acompañaron la caída del feudalismo, de la servidumbre, revelaban en forma cada vez más palpable que la base de todo desarrollo y su fuerza motriz era la *lucha de clases*.

Ni una sola victoria de la libertad política sobre la clase feudal se

logró sin una desesperada resistencia. Ni un solo país capitalista se formó sobre una base más o menos libre o democrática, sin una lucha a muerte entre las diversas clases de la sociedad capitalista.

El genio de Marx consiste en haber sido el primero en deducir de ello las lecciones que enseña la historia del mundo y en aplicar consecuentemente esas lecciones. La conclusión a que llegó es la doctrina de la *lucha de clases*.

Los hombres han sido siempre, en política, víctimas necias del engaño ajeno y propio, y lo seguirán siendo mientras no aprendan a descubrir detrás de todas las frases, declaraciones y promesas, religiosas, políticas y sociales, los *intereses* de una u otra clase. Los que abogan por reformas y mejoras se verán siempre burlados por los defensores de lo viejo mientras no comprendan que toda institución vieja, por bárbara y podrida que parezca, se sostiene por la fuerza de determinadas clases dominantes. Y para vencer la resistencia de esas clases, *sólo* hay un medio: encontrar en la misma sociedad que nos rodea, las fuerzas que pueden —y, por su situación social, *deben*— constituir la fuerza capaz de barrer lo viejo y crear lo nuevo, y educar y organizar a esas fuerzas para la lucha.

Sólo el materialismo filosófico de Marx señaló al proletariado la salida de la esclavitud espiritual en que se han consumido hasta hoy todas las clases oprimidas. Sólo la teoría económica de Marx explicó la situación real del proletariado en el régimen general del capitalismo.

En el mundo entero, desde Norteamérica hasta el Japón y desde Suecia hasta el África del Sur, se multiplican organizaciones independientes del proletariado. Este se instruye y educa al librar su lucha de clase, se despoja de los prejuicios de la sociedad burguesa, está adquiriendo una cohesión cada vez mayor y aprendiendo a medir el alcance de sus éxitos, templa sus fuerzas y crece irresistiblemente.

ICARIA, revista de crítica y cultura, N° 8, Tomo I, Julio de 1984, Año 3.

Queda prohibida la reproducción de los materiales publicados, sin mencionar la fuente. *Director:* Emilio J. Corbière. *Administrador:* Manuel Outeiriño. *Consejo asesor:* Carlos Polak, Saúl N. Bagú, Alfredo Galletti (†), Ernesto Giudici, Julio Godio, José Aricó, Jorge Beinstein, Edmundo García, Daniel Luzky. Los artículos no expresan necesariamente la opinión de la revista. Registro de la propiedad intelectual (en trámite). La correspondencia debe dirigirse a: Revista ICARIA, Fundación "Juan B. Justo", Av. Corrientes 1485, Buenos Aires (1042), Argentina. Tel.: 40-5077.

INDICE

TOMO I

1981-1984

Nº 1

Homenaje a Pablo Iglesias, por <i>Ernesto Sábito</i>	1
La vía democrática al socialismo, por <i>Nikos Poulantzas</i>	3
¿Por qué el socialismo?, por <i>Albert Einstein</i>	17
Documentos: Por la paz de América	23
José Carlos Mariátegui a 50 años de su muerte ("Icaria")	25
Radiografía del Riachuelo, por <i>Mario Bravo</i>	28
¿Por qué Icaria?	32

Nº 2

El problema de la izquierda en la Argentina, por <i>Ernesto Giudici</i>	1
Para un replanteo del socialismo argentino ("Icaria")	9
Ottó Bauer y la cuestión nacional, por <i>José Aricó</i>	15
Los papeles que los filósofos arrojan al alba, por <i>Enrique E. Mari</i>	21
Homenaje a John Reed, por <i>Rafael Reyes</i>	26

Nº 3

Las conflictivas relaciones de Hegel y Marx, por <i>Juan José Sebreli</i>	1
Cooperación y dispersión de América Latina, por <i>E. C. Schaposnik</i>	13
Stalin y la fusión de los pueblos en el socialismo, por <i>R. Rosdolsky</i>	21
Texto imperial, texto dependiente: aforismos poco desarrollados, por <i>Oscar Steinberg</i>	29

Nº 4

La Argentina y las teorías del comercio internacional, por <i>L. Portnoy</i>	1
Marxismo y revisionismo, por <i>Emilio J. Corbière</i>	8
Manuel Ugarte a treinta años de su muerte, por <i>Ernesto Giudici</i>	20
La orientación de América, por <i>Manuel Ugarte</i>	25
Polémica: Consideraciones sobre Hegel y Marx, por <i>A. De Renzis</i>	29

CeD InCl